

LEV TOLSTÓI

EL CAMINO DE LA VIDA

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Путь жизни*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2019 by Selma Ancira Berny
y Fondo de Cultura Económica de México
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Segadores* (1905), de Anna Ancher

Esta traducción ha recibido la ayuda del
Baltic Centre for Writers and Translators en Gotland,
Suecia, la de International Writers and Translators House en Ventspils,
Letonia y la del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México,
a través del programa Sistema Nacional de Creadores de Arte

ISBN: 978-84-17902-03-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 21 852-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Sobre la presente edición</i>	7
Prolegómeno	13
Prólogo	19
I. La fe	21
II. El alma	37
III. Una sola alma para todos	55
IV. Dios	69
V. El amor	85
VI. Pecados, tentaciones y supersticiones	107
VII. Los excesos	123
VIII. La lujuria	139
IX. La holgazanería	157
X. La avaricia	175
XI. La ira	195
XII. La soberbia	213
XIII. La desigualdad	225
XIV. La violencia	245
XV. El castigo	275
XVI. La vanidad	295
XVII. La superstición del estado	311
XVIII. Las falsas creencias	338
XIX. La falsa ciencia	361
XX. El esfuerzo	387
XXI. La vida está en el presente	403
XXII. El no-hacer	419
XXIII. La palabra	431

xxiv. El pensamiento	445
xxv. La abnegación	463
xxvi. La humildad	487
xxvii. La veracidad	503
xxviii. Los males	523
xxix. La muerte	543
xxx. Después de la muerte	565
xxxi. La vida es un bien	583
<i>Índice de nombres</i>	605

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

El camino de la vida, o *La Pensée de l'Humanité*, como se publicó en francés en 1912, o *The Pathway of Life: Teaching Love and Wisdom*, como apareció en inglés en 1919, o también *Il cammino della saggezza*, como se conoce en italiano gracias a la edición publicada en 2010 para conmemorar el centenario de la muerte de Tolstói, vio la luz en ruso en 1911, unos meses después de que Lev Nikoláievich Tolstói falleciera en la estación ferroviaria de Astápovo. En español este libro había permanecido inédito, oculto, como un tesoro escondido que en algún momento tendría que ser descubierto. Para mi fortuna, ha sido a mí a quien le ha tocado encontrarlo y tener el privilegio de compartirlo.

Con el fin de que el lector comprenda mejor qué libro tiene entre las manos y cómo quería Tolstói que este libro fuera leído, me siento obligada a abandonar por un momento el proceder discreto que caracteriza a mi oficio y dar una explicación, breve, de lo que fue el último trabajo de amplia envergadura y largo aliento de Tolstói.

En marzo de 1884, en el diario del ya célebre autor de *La felicidad conyugal*, aparece la siguiente anotación: «Atribuyo mi buen estado moral también a la lectura de Confucio y sobre todo de Lao-tse. Debo organizarme un círculo de lectura: Epicteto, Marco Aurelio, Lao-tse, Buda, Pascal, el Evangelio. Eso sería necesario para todo el mundo...». Pasaron muchos años, casi una veintena, para que la idea de reunir en un volumen las sentencias de grandes pensadores de la humanidad comenzara a tomar forma. Y lo que propició el inicio de ese trabajo fue, curiosamente, lo mis-

mo que impulsó a Tolstói a comenzar su diario cuando tenía sólo 18 años: la enfermedad.

Durante el invierno de 1901, convaleciente de una grave dolencia, Tolstói, postrado en su lecho, arrancaba día a día las hojas del calendario colgado sobre su cama y leía con curiosidad e interés el aforismo que la fecha traía. Cuando al terminar el año se acabó también la lectura de aquellos aforismos, Tolstói pensó en hacer su propio calendario.

Su idea, sin embargo, no fructificó en un almanaque propiamente dicho, sino en varias antologías. Una de ellas, la primera, articulada en forma de calendario, se llamó *Pensamientos de hombres sabios para cada día*: era una recopilación de máximas dividida en meses, en la que Tolstói incluía uno, dos o tres, o a veces incluso cuatro pensamientos sobre los que reflexionar cotidianamente.

Después vino el *Círculo de lectura*, la obra que Tolstói había tenido en mente durante todos esos años. En este caso, el título del libro iba acompañado de la siguiente puntualización: «Pensamientos de distintos escritores sobre la verdad, la vida y la conducta, elegidos, reunidos y ordenados por Lev Tolstói para ser leídos cotidianamente». Esta compilación, como la anterior, también estaba dividida en meses y días, pero se añadió un lema al principio de cada día, alrededor del cual giraban los pensamientos elegidos para cada fecha, y una frase final, concluyente, con la que terminar el día. Se añadió, asimismo, una «lectura semanal», que solía ser un texto más o menos largo, y que podía ser del propio Tolstói o de algún otro autor.

El camino de la vida es la culminación de esa idea que acompañó a Tolstói durante tantos años: reunir los pensamientos de grandes sabios. En este libro, que el autor de *Resurrección* consideraba la expresión más completa de su pensamiento religioso y moral, se palpa esa voluntad férrea

de perfeccionamiento interior que Tolstói tuvo desde los primeros años de su juventud, cuando todavía siendo estudiante en la Universidad de Kazán, se autoimpone unas reglas ideadas por él para el mejor desarrollo de su espíritu. En este libro también queda clara, de manera evidente, su búsqueda personal y su necesidad imperiosa de despertar al ser humano para que éste comience, por fin, a llevar una vida de bien. A diferencia de las dos obras anteriores, organizadas por meses y por días, *El camino de la vida* está dividido en treinta y un capítulos, y cada capítulo está dedicado a un tema trascendental: la fe, el amor, el alma, la lujuria, la violencia, el castigo, la muerte... Los capítulos (a los que Tolstói en su diario a veces se refiere como *fascículos*, porque en un principio así se publicaron, de uno en uno y a un precio asequible para el pueblo) están divididos en incisos y los pensamientos van hilvanándose uno con otro de manera que el lector pueda ir adentrándose de forma fluida y armónica en el tema propuesto. La idea de Tolstói era que el lector abordara un capítulo por día y que la lectura del libro se prolongara a lo largo de un mes.

Al igual que cuando traduje sus diarios y sus cartas, en la traducción de este libro he procurado mantenerme lo más apegada posible al original. No he eliminado las constantes repeticiones de un vocablo o una idea, tan características de la escritura de Tolstói cuando de ensayos se trata. He respetado el estilo sencillo y directo en el que están escritas estas locuciones, que fue el que eligió Tolstói, en un empeño consciente de que pudieran ser comprendidos por todos y cada uno de los lectores. He mantenido también, cuando las ha habido, las repeticiones de un mismo aforismo en dos capítulos distintos.

En el capítulo VIII, «La lujuria», falta el párrafo introductorio. A diferencia de las ediciones de las que dispongo de este libro en otras lenguas, en las que se ha extraído del cuerpo del capítulo un pensamiento que lo representa y ha sido colocado justo debajo del título para unificarlo con el resto del volumen, he optado por respetar esa omisión del original. Tolstói no pudo hacer una revisión última del material. Lo separaban apenas unos días de la muerte cuando su discípulo y correligionario Iván Gorbunov-Posádov llegó a Astápovo con las pruebas de imprenta de algunos de los fascículos de *El camino de la vida*. Agotado, Tolstói, dejó la revisión final en sus manos. Sigo el ejemplo de Gorbunov-Posádov, que no quiso añadir nada sin la autorización del maestro, y dejó yo también ese vacío.

La fuente exacta de la que provienen los pensamientos que Tolstói toma de otros autores, se desconoce. Al respecto, Lev Nikoláievich escribió en una ocasión que mientras estuvo trabajando en la recopilación del material, no tuvo el cuidado de anotar de dónde extraía las citas. Y las extraía no sólo de libros y de revistas, sino de compilaciones de pensamientos y diversas crestomatías, ¡escarmenaba incluso los calendarios en busca de un pensamiento que tuviera valor en sí mismo, independientemente de la tendencia ideológica de su autor! Puesto que es imposible rastrearlos he optado por no alterar la forma, a veces enigmática, en que Tolstói indicó su procedencia.

En su momento, Tolstói consideró necesario aclarar, en relación con los pensamientos de otros autores que incluía en este libro, que no siempre los había traducido del original, sino de traducciones que ya existían en otras lenguas, por lo que sus versiones, decía, podrían distar mucho de los originales. Buena parte de lo mismo ocurría con las frases que decidía entresacar del tejido de un texto largo y que,

para que fuesen clara y correctamente comprendidas, modificaba: cambiaba unas palabras por otras, añadía, recortaba, ensamblaba, llegando incluso en ocasiones a parafrasearlas, ya que la finalidad de su libro, decía siempre, «no era citar con exactitud las máximas elegidas, sino utilizar los pensamientos más elevados y más fructíferos de la humanidad para despertar día a día los mejores pensamientos y sentimientos en un gran número de personas». A eso obedece que a menudo, al calce del pensamiento, junto al apellido del autor de la máxima, aparezca la palabra *según*.

Pero Tolstói no sólo modifica los pensamientos ajenos, modifica también los propios. Los depura. Los adapta. Los recorta y los simplifica. Hace que se entretrejan sin ninguna dificultad con el resto de los aforismos. Muchas de las reflexiones que componen *El camino de la vida* aparecen ya en sus *Diarios*, donde un Lev Nikoláievich preocupado por el destino del mundo y el futuro de la humanidad vuelve una y otra vez a los temas que lo inquietan, consigna sus lecturas, analiza su propio pensamiento, polemiza con algunos de los escritores que está leyendo y anota las ideas que sus lecturas le sugieren... Al extraer de su diario los pensamientos que consideraba apropiados para su nuevo libro, Lev Nikoláievich, también modifica la escritura de sus propias reflexiones. No quise, pues, reproducir los fragmentos tal como aparecen en los *Diarios*; los traduje de nuevo a partir de la versión que para este *Camino* hizo de ellos su autor. Eso explica las diferencias que cualquier lector curioso podrá detectar entre mis dos traducciones, la de los *Diarios* y la del presente volumen.

Este libro es una tesela más de ese gran mosaico que desde hace años he venido armando poco a poco y que pretende dar una imagen de cuerpo entero del Tolstói ser humano. Los dos volúmenes de *Diarios*, la *Correspondencia*,

los breves cuadernos que reúnen los testimonios de sus contemporáneos y que forman parte de una colección que titulé *Así era Lev Tolstói*, son parte de ese tan acariciado proyecto de compartir con los lectores de habla hispana la que se considera su tercera gran novela: su biografía. Una creación tan deslumbrante y magnífica como *Guerra y paz* y *Anna Karénina*.

A Lev Nikoláievich le habría gustado que esta obra llegara a convertirse en el libro de cabecera de millones de lectores y que tuviera una influencia benéfica en el destino del mundo. Con ese mismo deseo, ofrezco hoy a los lectores este libro que ha tardado más de un siglo en ver la luz en español.

SELMA ANCIRA

Ventspils, mayo de 2019

PROLEGÓMENO

Para que el hombre pueda llevar una vida de bien, es necesario que sepa lo que debe y lo que no debe hacer. Para saberlo, debe entender qué es él mismo y qué el mundo en el que vive. Eso es lo que a lo largo de todos los tiempos han enseñado los hombres más sabios y más buenos de todos los pueblos. Todas las enseñanzas de estos sabios coinciden en lo principal entre sí, y coinciden también en lo que a cada ser humano le dicen su razón y su conciencia. Dicha doctrina es:

1. Además de lo que vemos, oímos, palpamos y de lo que nos enteramos por la gente, hay lo que no vemos, no oímos, no palpamos y de lo que nadie nunca nos ha dicho nada, pero que conocemos mejor que cualquier otra cosa en el mundo. Esto es lo que nos da vida y a lo que nos referimos como «yo».

2. La existencia de este principio invisible que nos da vida, la reconocemos también en todos los seres vivientes y de manera más viva en los seres semejantes a nosotros: las personas.

3. A este principio universal, invisible, que da vida a todo lo vivo, que reconocemos en nosotros mismos y cuya existencia admitimos en los seres semejantes a nosotros, las personas, lo llamamos alma; al principio universal e invisible que existe por sí mismo y que da vida a todo lo vivo, lo llamamos Dios.

4. Las almas humanas, a las que el cuerpo separa unas de otras y de Dios, tienden a unirse con aquello de lo que están separadas, y consiguen esta unión con las almas de otras

personas a través del amor, y con Dios, gracias a la conciencia de su divinidad. En esta unión cada vez mayor con las almas de las otras personas a través del amor, y con Dios, a través de la conciencia de su divinidad consiste tanto el sentido como el bienestar de la vida humana.

5. La unión cada vez mayor del alma humana con los otros seres y con Dios, y por lo tanto el bienestar cada vez mayor del hombre, se consigue liberando al alma de lo que obstaculiza el amor por las personas y la conciencia de la propia divinidad: los pecados, es decir, la complacencia con la lujuria y la lascivia del cuerpo; las tentaciones, es decir, las ideas falsas acerca del bienestar; y las supersticiones, es decir, las falsas doctrinas que justifican los pecados y las tentaciones.

6. Los pecados que obstaculizan la unión del hombre con otros seres y con Dios son: los pecados de la gula, es decir, la glotonería, la ebriedad.

7. Los pecados de la lascivia, es decir, el libertinaje sexual.

8. Los pecados de la ociosidad, es decir, el liberarse del trabajo necesario para la satisfacción de las necesidades propias.

9. Los pecados de la avaricia, es decir, la adquisición y el acumulamiento de bienes y posesiones para hacer uso del trabajo de otras personas.

10. Y los peores pecados de todos, los pecados de separación de las personas: la envidia, el miedo, la condena, la hostilidad, la ira, en general, la mala voluntad hacia la gente. Éstos son los pecados, que obstaculizan la unión del alma humana con Dios y con otros seres, por medio del amor.

11. Las tentaciones que atraen a la gente a los pecados, es decir, las falsas nociones sobre las relaciones de unas personas con otras son: las tentaciones del orgullo, es decir, la

idea falsa de la propia superioridad en relación con otras personas.

12. Las tentaciones de desigualdad, es decir, la idea errónea sobre la posibilidad de dividir a la gente en superior e inferior.

13. Las tentaciones de organización, es decir, la idea errónea sobre la posibilidad y el derecho que tienen algunas personas a organizar mediante la fuerza la vida de otras.

14. Las tentaciones del castigo, es decir, la idea falsa sobre el derecho que tienen algunas personas, en aras de la justicia o de la rehabilitación, de hacer el mal a la gente.

15. Y las tentaciones de la vanidad, es decir, la idea falsa de que los guías en los actos de las personas pueden y deben ser no la razón y la conciencia, sino las opiniones de la gente y las leyes creadas por la gente.

16. Esas son las tentaciones que atraen a la gente a los pecados. En cambio, las supersticiones que justifican los pecados y las tentaciones son: la superstición del Estado, la superstición de la Iglesia y la superstición de la ciencia.

17. La superstición del Estado consiste en creer que es necesario y benéfico que una minoría de personas ociosas gobierne a la mayoría del pueblo trabajador. La superstición de la Iglesia consiste en creer que la verdad religiosa que incesantemente es explicada a las personas fue revelada para siempre y que determinadas personas, que se han adjudicado el derecho de enseñar a los demás la verdadera fe, se encuentran en posesión de la única verdad religiosa, expresada de una vez y para siempre.

18. La superstición de la ciencia consiste en creer que ese conocimiento único, verdadero e indispensable para la vida de las personas consiste únicamente en esos fragmentos elegidos al azar de entre toda la infinita esfera de los distintos conocimientos, que a menudo son innecesarios, y

que en un momento determinado llamaron la atención de un número reducido de personas que se han liberado del trabajo necesario para la vida y que por lo tanto viven una vida inmoral e insensata.

19. Los pecados, las tentaciones y las supersticiones, obstaculizando la unión del alma con otros seres y con Dios, privan al hombre del bien que le es propio, y por lo tanto, para que el hombre pueda aprovechar ese bien, debe luchar contra los pecados, las tentaciones y las supersticiones. Para esta lucha el hombre debe realizar esfuerzos.

20. Y estos esfuerzos siempre están en poder del hombre; primero, porque sólo se realizan en el instante presente, es decir, en ese punto atemporal en el que el pasado roza el futuro y en el que el hombre siempre es libre.

21. En segundo lugar, estos esfuerzos están en poder del hombre también porque consisten no en la realización de determinadas acciones irrealizables, sino únicamente en la abstinencia, siempre posible para el hombre: los esfuerzos de abstenerse de cometer actos contrarios al amor por el prójimo y a la conciencia que el hombre tiene del principio divino que hay en él.

22. Los esfuerzos de abstenerse de las palabras contrarias al amor por el prójimo y a la conciencia que el hombre tiene del principio divino que hay en él.

23. Y los esfuerzos de abstenerse de los pensamientos contrarios al amor por el prójimo y a la conciencia que el hombre tiene del principio divino que hay en él.

24. La complacencia con la lascivia y la lujuria del cuerpo llevan al hombre a todos los pecados, y para luchar contra los pecados, el hombre necesita hacer un esfuerzo para abstenerse de actos, palabras y pensamientos, que complazcan la lascivia y la lujuria del cuerpo, es decir, esfuerzos de renunciación al cuerpo.

25. La idea equivocada sobre la superioridad que algunas personas tienen con respecto a otras lleva a todo tipo de tentaciones, y por eso, para luchar contra las tentaciones, el hombre debe hacer esfuerzos para abstenerse de colocarse por encima de las otras personas con actos, palabras y pensamientos, es decir, esfuerzos de humildad.

26. El consentimiento de la mentira lleva al hombre a todas las supersticiones, y por eso, para la lucha contra las supersticiones, el hombre debe hacer esfuerzos para abstenerse de acciones, palabras y pensamientos contrarios a la verdad, es decir, esfuerzos de veracidad.

27. Los esfuerzos de abnegación, humildad y veracidad, al destruir en el hombre lo que obstaculiza la unión de su alma, por medio del amor, con otros seres y con Dios, siempre le dan el bienestar que puede alcanzar, y por eso lo que al hombre le parece un mal sólo es la señal de que el hombre comprende erróneamente su vida y no hace lo que le procura el bienestar que le es propio. Los males no existen.

28. Lo mismo que eso que el hombre cree ser la muerte existe sólo para aquellas personas que consideran su vida en el tiempo. En cambio, para las personas que entienden su vida en lo que verdaderamente consiste, en el esfuerzo que el hombre realiza en el presente para liberarse de todo aquello que obstaculiza su unión con Dios y con otros seres, no existe ni puede existir la muerte.

29. Para el hombre que entiende su vida de la única manera en que ésta puede ser entendida, en la unión cada vez mayor de su alma con todo lo vivo a través del amor, y con Dios a través de la conciencia de su propia divinidad, algo que se consigue únicamente mediante un esfuerzo hecho en el presente, no existe la cuestión de qué le ocurrirá a su alma tras la muerte del cuerpo. El alma no *fue* y no *será*, sino que siempre *es* en el presente. Cómo se vaya a concebir a sí mis-

ma el alma después de la muerte del cuerpo, al hombre no le está concedido saberlo, pero tampoco necesita saberlo.

30. Al hombre no le está concedido saberlo para que no tense sus fuerzas anímicas en la preocupación por el estado sólo de su alma individual, en un mundo imaginario, futuro, sino únicamente en alcanzar en este mundo, ahora, ese bienestar bien determinado y que no puede ser destruido con nada: el bienestar de la unión con todos los seres vivos y con Dios. El hombre no necesita saber qué *pasará* con su alma, porque si entiende su vida como ésta debe ser entendida, como una unión constante y cada vez mayor de su alma con el alma de otros seres y con Dios, entonces su vida no puede ser nada más que precisamente aquello a lo que él aspira, es decir, un bienestar que nada puede destruir.

PRÓLOGO

Los pensamientos aquí reunidos pertenecen a los más diversos autores, comenzando por la escritura brahmi, la confucionista y la budista, y llegando hasta los Evangelios, las epístolas y a muchos muchos pensadores tanto antiguos como modernos. La mayoría de estos pensamientos, tanto en su traducción como en su reconstrucción, han sufrido una modificación tan grande que me resulta incómodo calzarlos con la firma de sus autores. Los mejores de estos pensamientos anónimos no son míos, sino de los sabios más grandes del mundo.

LEV TOLSTÓI